

EL CAMAFEO DE ASPASIA

Javier Domínguez Angulo

Dedicatoria

Sobre todo, sobre todo, a las antiguas cristianas griegas.

A las griegas de hoy (quien tuvo, retuvo).

A Egeria (siglo IV d. C.).

Y a mi cuarta musa, Claudia.

Índice

En algún lugar de Pela, Grecia, año 195 d. C. Verano... ..	4
Lugdunum, Galias, año 195 d. C. Verano... ..	11
Tesalónica	14
Lugdunum.....	18
Tesalónica	22
Lugdunum.....	26
Tesalónica. Otoño.....	30
Roma. Otoño	34
Tesalónica. Invierno.....	39
Lugdunum. Invierno	42
Anfípolis. Primavera	45
Lugdunum. Primavera	50
Tesalónica. Verano	53
Tesalónica. Final del verano	58

En algún lugar de Pela, Grecia, año 195 d. C. Verano...

El rocío empapaba las manos de Helena. Un aire fresco invadía su cuerpo y, por momentos, flotaba en el ambiente una sensación de gozo. Sentía intensamente la espera, aunque también tenía angustia por ser reconocida, por ser preguntada.

Cualquier pequeño ruido la sobresaltaba y, de cuando en cuando, toqueteaba nerviosamente el camafeo de Aspasia de Mileto que tenía guardado entre sus ropajes, a la espera de la llegada del correo.

Cuando por fin este apareció, se sorprendió al ver a una mujer y, dubitativo, trazó una línea curva con el pie en el suelo.

Helena completó el dibujo del pez con su pie y tomó el pergamino, sonriéndole. Después se alejó mientras apretaba con fuerza el camafeo.

Aquella rica y elegante dama griega estaba al final de su segundo año de conversión al cristianismo, y se iba envalentonando poco a poco.

No eran tiempos fáciles para los cristianos en general, pero tampoco eran especialmente graves porque el emperador Severo andaba enzarzado en disputas internas.

En el caso de los cristianos porque las herejías habían hecho mucho daño y los cultos orientales arremetían con fuerza. Aunque lo peor estaba por venir...

En medio de toda aquella confusión, Helena había dado un paso adelante haciendo de correo entre Pela y Tesalónica, ciudad esta última de donde era oriunda.

Los cristianos hacía tiempo que se habían dado cuenta de la importancia de guardar las Escrituras en un soporte fiable, como hizo Pablo de Tarso con los pergaminos.

Y no solo las Escrituras, sino también cualquier información posterior relevante para las comunidades; eso les ayudaría a librarse de las herejías. Por eso Helena y su marido habían decidi-

do adquirir a un rico mercader su negocio de distribución de pergaminos en Tesalónica.

Pero a Helena no le bastaba con eso. Recordaba a las mujeres que durante tres años sirvieron con sus bienes a Jesús y a quienes le acompañaban, y había decidido implicarse más y sacar provecho a su posición haciendo de correo. Las mujeres cristianas tesalonicenses ya habían dado que hablar en el pasado por su valentía...

Ahora tenía mucho miedo. El pergamino que llevaba era una condena a muerte si la detenían, así que se enfiló directamente hacia el lugar donde estaban sus criados, los cuales eran en realidad hermanos de fe, y emprendieron viaje de regreso a Tesalónica.

La Vía Egnatia estaba muy transitada aquel día, lo cual incomodaba a Helena. «Cualquiera puede saludarme», pensó. Pero vio que el bullicio la sumergía en el anonimato. Las patrullas romanas eran más permisivas con tanta gente.

Durante el camino no se atrevió siquiera a leer el pergamino, quería esperar a un momento más seguro. Lo puso entre otros pergaminos y trató de evadirse con las distracciones del viaje.

Pasado el trance del encuentro, empezó a relajarse y su mente comenzó a divagar mientras contemplaba la inmensidad del horizonte.

Hasta hacía poco tiempo acostumbraba a ir por otro itinerario, el que llevaba al monte Olimpo, y oraba en la ciudad de Dion. Hacía lo que hacían las griegas de su entorno social. Su vida era fácil, cómoda y placentera, y los años iban transcurriendo con gozo.

Como todos los griegos, miraba con recelo a los romanos, quienes habían invadido su patria, una patria de larga y brillante historia. Pero, como cristiana, se iba dando cuenta de que el Imperio romano suponía una amenaza mayor para ella que antes.

Helena estaba desafiándolo cada vez más con su estilo de vida, y se sintió viva al arriesgarse por lo que creía que se iba afirmando.

El tedioso viaje por la Vía Egnatia la tranquilizaba, los momentos de nervios iban pasando, aunque seguía alerta. Empezó a mirar el paisaje; respiró hondo y clavó la mirada en el horizonte, en los olivares.

La nostalgia del silencio la invadió y durante un tiempo no pensó en nada.

—Aspasia —murmuró volviendo en sí.

Aspasia de Mileto, la mujer de Pericles de Atenas, era un modelo de valentía para ella. No acertaba a entender muy bien por qué en el mundo judío la mujer había destacado tan poco; pocas mujeres ilustres mencionaba la Biblia.

Tampoco es que en el mundo griego la mujer hubiera tenido un papel muy relevante, pero el ejemplo de Aspasia se le antojaba más cercano. Le daba fuerzas. Por eso siempre llevaba encima su camafeo como recuerdo.

Como mujer, como cristiana y como griega entre romanos, Helena tenía que sortear con habilidad múltiples obstáculos en su vida cotidiana si quería vivir con esplendor. «La mirada del otro», pensó.

Pasaron las horas. Durante el camino, ella estuvo en guardia en todo momento; al anochecer llegaron a Tesalónica y la tensión volvió a aumentar. Un sudor frío recorrió a Helena cuando entró en la ciudad, pero al ver a su marido, Orestes, se relajó; una mujer con su marido no despierta tantas sospechas.

La comitiva por fin llegó a la mansión y pudieron descansar. La prueba había terminado.

Estando todos reunidos, desplegaron el pergamino. Era una misiva urgente de la comunidad de Lychnidos para ser distribuida desde Tesalónica a toda Macedonia y Bizancio, y también a Asia.

La carta versaba sobre la fecha de la celebración de la Pascua.

El mundo griego seguía la fecha de celebración de la Pascua del apóstol Juan y otros apóstoles. Después, en tiempos del papa Sixto I (120 d. C.), hubo duplicidad de costumbres en Roma y en Oriente.

Uno de los discípulos de Juan, el obispo Policarpo, viajó años después a Roma para tratar el asunto con el papa Aniceto (155 d. C.), pero no llegaron a un acuerdo sobre el calendario de la celebración, si bien continuó la duplicidad de costumbres.

Pero ahora el papa Víctor (195 d. C.) quería imponer la costumbre romana y amenazó con la excomunión a las Iglesias de Asia que no se avinieran.

Orestes, Helena y todos los presentes se quedaron turbados al leer aquello; tardaron en reaccionar.

Los hermanos que llevaban más de tres años convertidos tranquilizaron a Orestes y Helena y les dijeron que había que hacer copias para las distintas comunidades, en especial para las de Asia, y que, si bien estas podrían haber recibido ya alguna noticia

por mar, era conveniente que la información también les llegara a través de Bizancio.

Se pusieron todos a escribir pergaminos durante la madrugada, y al amanecer llamaron a los correos para que los distribuyeran, incluido el correo marítimo para Éfeso.

Helena sentía que el mundo se le venía encima, no entendía nada. Agotada, fue a echarse un rato mientras Orestes se hacía cargo del negocio de pergaminos.

Durmió unas horas y se levantó revuelta por las pesadillas. Atendió a sus jóvenes hijos, los cuales permanecían ajenos a lo ocurrido. No esperaba darles una educación cristiana hasta su mayoría de edad, por miedo a que se les escapase algo y fueran señalados por la sociedad romana y tesalonicense, pensaba. Ahora se vivían tiempos de paz para los cristianos en Roma y en el mundo griego, pero en cualquier momento podían volver las persecuciones...

Al llegar la noche, se reclinó sobre el pecho de su marido y empezó a llorar; eran demasiadas pruebas seguidas.

Sollozó sin consuelo durante un par de horas porque Orestes tampoco sabía qué decirle, y al fin consiguió relajarse un poco y caer en un profundo sueño.

Lugdunum, Galias, año 195 d. C. Verano...

Ireneo fue, como de costumbre, a su lugar de trabajo en el barrio de los artesanos al otro lado del río Saona, frente a la ciudad romana amurallada situada sobre la colina.

Mientras caminaba, se decía: «Ahora tengo que ir, antes me enviaron...».

Años antes, el obispo Potino de Lugdunum le había enviado como mensajero a Roma para hablar con el papa Eleuterio acerca de los hermanos montanistas de Frigia, que representaban una escisión herética dentro de la Iglesia.

Potino, al igual que Ireneo, procedían del mundo griego. Había una fuerte relación en Lugdunum con los hermanos de Asia y

Frigia, relación que era posible pese a la distancia gracias al intenso tráfico fluvial y marítimo.

En el 177 d. C., se desató una persecución contra los cristianos de Lugdunum, y también contra los de Vienne, situada unos kilómetros Ródano abajo, camino del mar.

Murieron Potino, la gala Blandine y unos cuantos hermanos más; hubo también mártires romanos.

Ireneo se preguntó durante años por qué se había librado él de aquella matanza y cuál era la suerte que el destino le tenía preparada.

Ahora que los rumores de escisión dentro de la Iglesia por motivos de la fecha de celebración de la Pascua iban en aumento, él sabía que tenía que ir a Roma. Sabía que esa era su misión.

Y se acordaba de Roma. En su juventud, Ireneo había sido enviado a Lugdunum por el obispo Policarpo, quien le tenía como uno de sus más aventajados discípulos, y de camino había estado en Roma, donde había tratado con Justino, el primer apologista griego que defendió públicamente el cristianismo ante las autoridades romanas, creando en la Iglesia una nueva forma de relacionarse con el Imperio romano.

Ahora, por fin, iba a dar la cara, pero no ante el emperador, sino ante el papa. Iba mediar entre los cristianos de Occidente y Oriente, una difícil e imprevista prueba.

Y recordando a los mártires de Lugdunum, iba cogiendo fuerzas.

Una vez más, en su recorrido hacia el trabajo, evitó el mercado, el foro y otros lugares públicos de la ciudad. Recordaba lo ocurrido pocos años antes, cuando los cristianos que pasaban por allí eran objeto de burlas y apaleamientos, e incluso sufrían robos.

Ireneo era hartamente conocido por las autoridades romanas. No en vano llevaba varios años como obispo de la comunidad, pero prefería seguir siempre el camino de la prudencia; la herida de los mártires estaba todavía fresca.

Tesalónica

Helena se despertó pronto. Se sentía tranquila. Fue al almacén de pergaminos y buscó en un lugar secreto uno de ellos. Lo abrió y leyó en silencio:

No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él.

Esto es lo que os decimos como palabra del Señor: Nosotros, los que vivimos y quedamos para cuando venga el Señor, no aventajaremos a los difuntos. Pues él mismo, el Señor, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el

aire. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

Suspiró profundamente con aquellas palabras de ánimo de Pablo, dirigidas a la primera comunidad tesalonicense hacía siglo y medio. Estaba aturdida al ver que el peligro venía ahora de la propia Iglesia, y necesitaba coger perspectiva.

«Las diez vírgenes —se dijo—, que no me falte aceite en la alcuza para la vela».

Entonces tomó otro pergamino de Pablo y siguió leyendo:

Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros. No apaguéis el espíritu, no despreciéis el don de profecía; sino examinadlo todo, quedándoos con lo bueno. Guardaos de toda forma de maldad. Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que os ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas.

Puso los dos pergaminos en su lugar y regresó al lecho junto a Orestes.

Su marido seguía durmiendo. Ella empezó a divagar, pensando sobre mil cosas. De repente reparó en que las riquezas

eran pasajeras y que algunos goces de la vida estaban llegando a su fin.

Recordó a las mujeres que seguían a Jesús y a quienes los acompañaban a él y a sus discípulos, sirviéndoles con sus bienes durante tres años.

Entonces se fijó en la espléndida terraza de su dormitorio y en el fastuoso jardín. Sintió que esa experiencia se le escapaba y que no iba a volver, y decidió embriagarse una vez más con los aromas de las plantas.

Se estiró en la cama, deseosa de captar los matices y sonidos de la mañana. Sentía la suave brisa que inundaba aquella atmósfera plácida y el murmullo de los pájaros.

Respiró tomando todo el aire que pudo y lo expulsó a bocanadas, jugando con pompas de aire en su boca.

Uno de los tejidos de las cortinas empezó a moverse y Helena rio divertida. Entonces empezó a hacer sombras con las manos.

La brisa cambiaba suavemente por momentos, y de repente un pájaro entró en la habitación. Ella se quedó mirándolo, agradecida.

Una enorme sensación de placidez inundaba la estancia. Los mármoles de la habitación acompañaban la elegancia del momento, y el tiempo parecía haberse detenido.

A lo lejos se oyó un trueno.

Segundos después, se oyó otro trueno. Helena empezó a escuchar. Se produjo un silencio.

Los pájaros empezaron a cantar con más fuerza y una melodía coral llegó desde el jardín.

Helena se levantó y fue a la terraza. Desde su balcón fijó la vista en el horizonte y contempló el concierto de rayos de luz que caían entre las nubes de la mañana. El espectáculo era grandioso.

Escuchó más truenos, parecían invitarla a algo más elevado. Recordó lo que acababa de leer en el pergamino, y no solo en el pergamino; también sintió que la vida puede ser esplendorosamente bella se esté donde se esté y se haga lo que se haga.

Gozó mirando aquel interminable espectáculo, gozó sintiendo la caricia de la brisa sobre su rostro, gozó con los aromas de las plantas y con el canto de los pájaros.

Embelesada como estaba, notó de repente el calor sobre sus hombros.

Lugdunum

En la isla que hay entre los ríos Saona y Ródano había muchos ciudadanos griegos, trabajaban transportando diferentes tipos de piedras procedentes de Grecia y Asia para la construcción de la ciudad. Se podía decir que había una pequeña ciudad griega al pie de la colina romana amurallada. Galos y griegos compartían ese espacio, aunque también había suntuosas villas de recreo romanas.

Ireneo estaba pensando en ir a la comunidad de Vienne para enviar un correo que llegara al otro extremo del Mediterráneo, a fin de tranquilizar a los hermanos de Asia y Frigia. Era un prolífico escritor y había enviado numerosas cartas a Éfeso para que fue-

ran redistribuidas desde allí. Pero decidió que era mejor esperar a la reunión con el papa antes de mandarles noticias.

Hacía un calor bochornoso aquel verano, un aire africano había invadido la ciudad y la sensación de humedad era insoportable. Ireneo sudaba a chorros.

Quería ir a Vienne, necesitaba salir de la ciudad y pasear un poco para aclarar las ideas. Al llegar a su trabajo en el barrio de los artesanos encontró a su compañero Donaciano, el galo, fabricando desde primera hora recipientes con destino al norte de las Galias.

—Me voy a ir a Vienne, necesito despejarme un poco —le dijo Ireneo.

—Mmmm..., tiempos convulsos, Ireneo, pero esta vez no lo son por las persecuciones de los romanos. Nosotros mismos nos estamos tendiendo una trampa —contestó Novaciano.

—¡Sí, además de los romanos y las herejías, tenemos que limpiar ahora nuestra propia casa! —dijo Ireneo.

—Y te toca estar en primera línea. Son muchos frentes. ¿Estás preparado?

—Estoy cansado, estoy agobiado, y además este maldito calor no me deja pensar —le contestó.

Donaciano señaló el bosque que se encontraba a la derecha de Lugdunum y dijo en tono melancólico:

—Nosotros, los galos, celebramos banquetes en los bosques. Es nuestro hogar. Mis antepasados festejaban en esa misma colina amurallada que es hoy Lugdunum. Si vuelve a haber una persecución, sea de los romanos o de la propia Iglesia, huiré a los bosques de mis antepasados y no pararé hasta llegar a la gran isla, al norte, más allá de los muros de los romanos. Quiero festejar banquetes, sentirme libre, lejos de la opresión de unos y otros. Echo de menos la libertad, las costumbres de nuestros antepasados, quiero vivir con la naturaleza, y no ejerciendo oficios que los romanos desprecian. —Después de un breve silencio, Donaciano continuó—: Miro al norte, Ireneo, miro al norte porque esto me asquea. Pero el problema es Jesús. Su amor me desborda, y miro también al este, a Jerusalén. Lo que hicieron los romanos con Blandina, aquí en Lugdunum, es como una brasa ardiente que me traspasa el alma y me hace sentir a Jesús, y ese fuego me aviva, rompe mi furia. Estoy como desorientado... Libertad o amor, ¿cuál puede más, Ireneo? —le preguntó.

—Está escrito que los cristianos somos un pueblo de reyes, sacerdotes y profetas. ¡Un pueblo de reyes, nunca se ha oído una

cosa igual! ¿Y huyes tú de quién, de otro hombre? No hay entre los hombres uno que esté por encima del resto, un tirano solo es un pobre diablo. «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios», dice Jesús. Donaciano, tu libertad no te la puede quitar nadie, va contigo, lo mismo que tu amor a Dios. Somos reyes, pero recuerda, el Reino de Jesús no es de este mundo. Comportate como un rey libre y lleno de amor allá donde estés, sea donde sea.

Donaciano se quedó mirándolo fijamente.

—Gracias, Donaciano —continuó Ireneo—, hablar contigo me ha hecho recobrar fuerzas. Me dais envidia los galos, tenéis todavía lugares donde los romanos no han hecho acto de presencia; el norte de la gran isla, dices. Los griegos no tenemos ese lujo.

—Los reyes también fabrican recipientes —dijo guiñándole un ojo— mientras son enviados a misiones mayores, como decir que Dios ama al mundo.

Y se puso a fabricar recipientes también.

Tesalónica

—Va a haber una avalancha de cartas de las comunidades —dijo Dioscórides a Orestes y Helena. Aquel copista de pergaminos, viejo cristiano, bien sabía el lío que se iba a formar—. Tenemos que organizarnos —añadió.

—¿Qué sugieres? —preguntó Orestes.

—Tenemos que hacer copia una vez más de las cartas más importantes. Eso exige examinarlas con detenimiento, no va a ser fácil.

—Unos copiaremos esas cartas para nuestra comunidad y otros harán de correo por tierra y mar.

—Yo quiero ser uno de esos correos. Si me quedo en casa todo el día pensando en lo que está pasando, me vuelvo loca —dijo Helena.

—Griegos contra romanos otra vez; antes, en la guerra entre naciones; ahora, en la paz de la Iglesia —musitó Orestes—. No me lo puedo creer.

—Esto no es de ahora —intervino Dioscórides—. Ya Policarpo fue a Roma hace unas décadas por la misma cuestión, pero el papa Aniceto tenía otro talante. El papa actual, Víctor, es diferente.

—¿Pero por qué ocurre? —preguntó angustiada Helena.

—Me temo que los griegos estamos dejando de ser el centro de la cristiandad para pasar a un segundo plano, como en su día ocurrió con los judeocristianos —contestó Dioscórides.

—¿Centro de la cristiandad? —contestó asombrada Helena.

—La sucesión papal se produce en Roma, como sabes —contestó Dioscórides—, pero el peso, la influencia de los griegos en la Iglesia hoy día, es muy fuerte. Todavía se usa nuestra lengua en los escritos, pero puede que también eso esté llegando a su fin. Hemos cogido el testigo de los judeocristianos como principal grupo influyente en la Iglesia, sin haberlos despre-

ciado por ser minoría. Es más difícil ver hoy día judeocristianos que hace unas décadas, cuando ser judeocristiano o descender de un judeocristiano era motivo de prestigio. Las guerras de los judíos contra los romanos les han debilitado mucho y les han dejado sin patria de nuevo. Se han reagrupado y cerrado mucho más que antes. Ahora nosotros somos los despreciados en Roma. En la carta se dice que seremos excomulgados si no abandonamos la costumbre de los apóstoles respecto a la fecha de la celebración de la Pascua. Eso es una desviación doctrinal en toda regla y, además, un ultimátum de sumisión para el mundo griego. Tiendo a pensar en estas cosas cuando lo realmente importante es la fe y la vida con obras, no la aceptación social. Me pregunto si los cristianos nos estamos mundanizando...

—Muy fuerte debe sentirse el papa Víctor para llegar a este extremo —contestó Orestes—. La Iglesia empieza a parecerse al Imperio.

—Quizás por eso nunca nos hemos comportado como lo están haciendo ahora los romanos. En estos dos siglos de cristianismo los griegos no hemos sido imperio, ni tampoco los judeocristianos —añadió Helena.

—Si Alejandro Magno levantara la cabeza..., qué habiéramos hecho los cristianos griegos... —barruntó Orestes.

—¿Insinúas que con un emperador en Grecia habríamos caído también en la trampa? —preguntó sorprendido Dioscórides.

Lugdunum

Donaciano había pedido a Ireneo acompañarle a Vienne. El Ródano descendía tranquilo, rodeado de frondosos bosques que protegían un poco a los caminantes del calor asfixiante de aquel verano.

En el silencio de los pasos, Donaciano continuó preguntándole por las patrias.

—Jesús no liberó una patria, Israel; antes bien, profetizó sobre Jerusalén y sobre el Templo, y los judíos se dispersaron hasta el día de hoy —dijo Ireneo.

—¿Crees que volverán a su patria, que algún día serán libres del yugo romano? —preguntó Donaciano.

—Imagino que cuando sean corderos —contestó Ireneo—, porque ¿cuál fue el ejército que sacó a Israel del yugo de Egipto? El cayado de Moisés. Israel no ejerció la violencia. Por eso creo que regresarán cuando sean un pueblo de corderos.

—¿Crees que los galos debemos ser también un pueblo de corderos? —preguntó Donaciano.

—Sí, eso siempre, un pueblo de corderos para ser un pueblo santo. Pero no sé decirte si con eso recuperaréis vuestra patria. Lo que he dicho de Israel lo dije por Egipto.

—He oído hablar de las guerras de los judíos contra los romanos —dijo Donaciano—. Por una parte, me han frustrado porque no han regresado a su patria y, por otra, me he alegrado, porque los judíos nos denuncian.

—Ellos piensan que somos herejes y nos combaten con la misma fuerza que a los romanos porque temen por el futuro de su pueblo —dijo Ireneo—. Ahora ven que estamos creciendo mucho en número, y eso les intranquiliza aún más. Pero tengo una duda de fondo: el Evangelio ha sido atractivo para los judíos durante muchos años, ¿por qué parece que ahora no tanto? ¿Por el comportamiento de nosotros los cristianos? ¿Es que hemos perdido autenticidad?

—Si los judíos no nos ven como un pueblo atractivo, también habrá otras naciones que nos ignoren —afirmó Donaciano—, y sin embargo nuestro número no para de crecer en todas partes. ¿Por qué ahora apenas hay judeocristianos entre nosotros?

Ireneo siguió andando unos segundos en silencio y después le contestó:

—Muchas cosas han sucedido en el mundo de los judeocristianos..., muchas divisiones..., judeocristianos, judeocristianos de origen griego, la secta de los ebionitas, la secta de los nazarenos..., y además no sé exactamente hasta dónde han llegado los judeocristianos en Oriente, por la India o por la Ruta de la Seda, ni lo que ha sucedido allí... Es un galimatías para mí el porqué hay tan pocos judeocristianos entre nosotros ahora. En todo caso, sigue habiendo judeocristianos en Oriente. Tras la destrucción de Jerusalén, muchos regresaron a la ciudad, y su número llegó a ser tan importante que el emperador Adriano ordenó la profanación de algunos de sus lugares sagrados. Donaciano, los judeocristianos se sobrepusieron a la destrucción de Jerusalén, a la muerte de muchos de los apóstoles y también de obispos de Jerusalén, y al exilio. Mientras siga habiendo comunidades fuertes de judeocristianos, aunque solo sea en Oriente, no me siento tan inquieto.

Que haya pocos por aquí, en Occidente, debo reconocer que no me gusta. No me gusta nada. A los judíos les atrae ahora poco el Evangelio, apenas hay judeocristianos en Occidente... No, no me gusta nada... Mmmm, muchas divisiones ahora entre judeocristianos, y entre cristianos griegos y cristianos romanos. Parece una maldición, pero son pruebas.

—¿Pruebas? —preguntó asombrado Donaciano.

—Hemos sido evangelizados por judeocristianos —contestó Ireneo—, ¿y quién vela ahora ardorosamente por ellos en Occidente? Y, además, caer en la tentación de despreciar a los judíos puede llegar a ser muy peligroso para nosotros, nos alejaría de nuestros semejantes, y de nuestros orígenes también, y podríamos perder perspectiva sobre la historia de salvación que contiene la Biblia. Si olvidamos, ¿qué somos?

—Pensaba en Blandine, en su martirio —dijo Donaciano—, pero veo que mi mirada se quedaba corta.

Tesalónica. Otoño

Helena observó horrorizada que le empezaban a salir callos en las manos por hacer vendas y otras prendas para los enfermos de la comunidad de Tesalónica; después se preguntó cómo podría explicar ella en sociedad tal circunstancia.

—Soy prisionera del lujo —se dijo con rabia.

—Ponme la mano en la frente —le pidió suavemente Fidias—, ya me queda muy poco.

Lo acarició con delicadeza, sabedora de que aquel hermano estaba en las últimas.

—He oído que en Roma empiezan a enterrar a nuestros hermanos en catacumbas, bajo tierra. Algunas hermanas con

fortuna han donado sus terrenos para ello. Ponen en su nicho una moneda o un camafeo para recordar el año de su entierro. ¿Qué haréis conmigo? —preguntó Fidias.

—No te preocupes, todavía vas a estar un tiempo con nosotros —le contestó.

—También he oído que buscan a los niños despreciados por los romanos y los acogen en sus últimos momentos; después los entierran en las catacumbas —prosiguió Fidias.

Llegada la hora, el presbítero empezó a preparar una estancia donde iban a celebrar la última cena, conmemorando a Jesús. Cuando terminó, acercaron en lo posible a los enfermos y oraron y repartieron el pan con alegría tras haberlo bendecido.

Después, Orestes y Helena se retiraron con discreción a su casa.

En el camino, Helena le preguntó a Dioscórides:

—¿Por qué nos llama Pablo de Tarso en sus cartas «hijos míos» si solo es nuestro hermano?

—Todos somos ovejas, aunque entre nosotros haya algunos que apacienten. Siempre se olvida de que el mayor de todos, Juan el Bautista, es el menor en el Reino de los Cielos. No te inquietes, todos cometemos errores. Pedro negó antes y después

de haber resucitado Jesús, en la visión de Jope. Pidamos al Señor conocimiento para que nos permita discernir las cosas en la vida... —Tras decir esto, se quedó pensativo unos instantes—. De un tiempo a esta parte percibo que la Sabiduría ya no está tan presente entre nosotros como antes.

—¿Te refieres al Espíritu Santo? —preguntó Helena.

—Sí, antes se oía hablar con más frecuencia de prodigios entre nosotros, y tiempo atrás había más profetas y profetisas, y el Espíritu Santo se pronunciaba en las asambleas.

—No dejo de pensar en los Evangelios —siguió Dafne—, cuando Jesús invita a los discípulos a multiplicar los panes y los peces. No se atrevieron, y en alguna ocasión más insistió en que se reconciliaran con la relación extraordinaria con Dios... Finalmente, en la Transfiguración, algunos discípulos se encontraron con Moisés y Elías, pero nada cambió. Jesús acabaría diciendo que el que tenía más fe era el centurión romano. Es como si hubiéramos perdido algo en la relación con Dios —concluyó.

—Estamos perdiendo vigor en la fe —se lamentó Dioscórides—, y ahora algunos hermanos van entrando en las legiones cuando los bienaventurados somos los mansos.

—Como ovejas entre lobos, así nos envía el Señor... —murmuró Helena.

—Siento curiosidad sobre este asunto —intervino Orestes cambiando de tema—. ¿De entre los tres mil hermanos y hermanas que estaban en Pentecostés, ninguno vino por aquí, a Tesalónica? ¿Fue Pablo de Tarso el primero?

—Que sepamos, ninguno ni ninguna —contestó Dioscórides—. Creemos que quizás sí fueron algunos al sur de Grecia, pero no lo sabemos con certeza.

—¿No está registrado en los pergaminos? —preguntó asombrada Helena.

—En realidad, no sabemos nada sobre esta cuestión. Hay lagunas con tantas persecuciones y denuncias.

—Aprovechamos los momentos de relativa calma para ponernos al día entre las comunidades —suspiró Dafne.

—Hablando de trabajo, los pergaminos nos esperan, llegan y se envían desde todas las comunidades desde los sucesos de Roma —dijo Dioscórides.

Roma. Otoño

Ireneo iba camino a Roma para ver al papa Víctor; había redactado una carta junto con otros obispos occidentales para él, pero finalmente decidió llevarla personalmente.

Durante el trayecto iba recordando con nostalgia los días en que conoció a Justino en la ciudad. Justino, el primer apologista, el primero que se atrevió a dirigirse al emperador para explicarle acerca de la fe cristiana, un acto de osadía.

Se preguntaba si él tendría que ser ahora un apologista frente al papa Víctor. ¡Cómo habían cambiado las cosas!

Recordaba también su primera misión a Roma por encargo del obispo Potino de Lugdunum. Aquella misión le había salvado la vida porque se libró de la matanza de los mártires de su ciudad.

A su vuelta, se había afanado en reconstruir la comunidad desde las cenizas. Ahora respiraba porque de nuevo veía una comunidad fuerte, apenas veinte años después.

Acostumbrado como estaba a esquivar a los romanos, evitaba a las patrullas romanas que transitaban la calzada e iba ligero camino a Roma, pese a su avanzada edad.

Pasadas unas jornadas, entró de nuevo en la gran urbe, y, al llegar donde sus hermanos, se sorprendió de que no hicieran antes la media figura del pez en el suelo con el pie. Les bastó con recibir la carta firmada por él mismo y los obispos.

Entonces le llevaron en presencia de Víctor, quien le saludó con aprecio:

—*Salve*, Ireneo, martillo de herejes. —Ireneo le dio dos besos y Víctor empezó a leer la carta que le habían entregado—: Así que eres como Policarpo, defiendes la duplicidad de costumbres respecto a la celebración de la Pascua. Mmmm, ¿cómo celebráis la Pascua en Lugdunum?

—Siguiendo la costumbre romana —contestó firmemente Ireneo.

—Bravo, Ireneo, bravo —respondió Víctor—. No seguir la costumbre romana en Roma nos estaba llevando al caos. Unos celebran en unas fechas, otros en otras, y la división nos debilita, a ojos de los nuestros y a ojos de los demás. Y si eso sucede en Roma, fuera es peor; hoy es por una fecha, mañana será por otras cuestiones. ¡Hay que atajar esto de raíz! El papa Aniceto y Policarpo se equivocaron abogando por continuar con la duplicidad de costumbres que se remontaba al papa Sixto, y mira a lo que nos está llevando. Cuando el papa Pío I fijó la fecha de celebración de la Pascua para todos tuvo que haber sido obedecido por todos, y eso es lo que me propongo hacer ahora.

Ireneo contuvo el aliento unos segundos. Después tomó la palabra y dijo:

—Sabes que definiendo la costumbre romana. Quizás sería prudente ordenar tajantemente en Roma la costumbre de Pío I y permitir en Oriente la costumbre que allí se estila.

—Mmmm —reflexionó Víctor—, las comunidades de Oriente nos han inundado de cartas. Escríbeles tú sobre este asunto, eres

el más brillante discípulo de Policarpo, y eso ayudaría a convencer a muchos.

—A tus órdenes —respondió Ireneo.

—Bravo, Ireneo, martillo de herejes, redacta esa carta. Por cierto, ¿cómo va todo por Lugdunum? Aquí la relación con los romanos está mejorando algo.

«Va con el oficio de papa morir mártir, o de viejo, por ese orden, pero morir mártir por todo el Evangelio, no solo por algunas partes de este», pensó para sus adentros Ireneo.

Tras unos instantes Ireneo tragó saliva y dijo:

—Hay *pax*.

—Bien, bien. Por cierto, sabrás que estoy cambiando la liturgia del griego al latín, todo debe estar unificado. Y la autoridad de la Iglesia de Roma tiene que ser indiscutible en todo el orbe.

Al cabo de un rato se despidieron. Ireneo permaneció un par de días más en la ciudad tomando el pulso a la comunidad y después emprendió viaje de regreso a Lugdunum.

Un sudor frío incesante acompañaba a Ireneo en su viaje de vuelta. La angustia y el remordimiento no le dejaban, y solo sentía alivio al recordar que sus hermanos orientales no iban a ser excomulgados.

A ratos lloraba y se preguntaba qué iba a decir a sus hermanos de comunidad, especialmente a los griegos. Lugdunum, esa rara joya de Oriente en el interior de Occidente. Y qué iban a pensar los galos, qué le diría a Donaciano.

Y cómo iban a reaccionar los hermanos romanos.

El viaje de vuelta fue una procesión.

Tesalónica. Invierno

—Prestad especial atención a las cartas de Polícrates de Éfeso e Ireneo —dijo con voz potente Dioscórides—, seguid todo lo relativo a ellas. —El taller de los pergaminos estaba lleno de amanuenses intentando poner orden en el aluvión de cartas que se estaban recibiendo.

Lejos, en la distancia, Helena asía con fuerza el camafeo de Aspasia mientras se dirigía a su habitación. Al llegar abrió un cofre y sacó un abultado grupo de pergaminos.

Llevaba tiempo carteándose con varias amigas de distintas comunidades próximas. Les relataba detalles de su vida cotidiana

y también de su fe, también les describía sus idas y venidas por la Vía Egnatia y el puerto de la ciudad.

—Cientos de cartas entre las comunidades y ni una sola la ha escrito una mujer —refunfuñó—. Tenemos voz en las asambleas, pero no redactamos. Ya me estoy hartando. —Y apretaba con más ganas el camafeo.

Empezó a redactar una carta sobre estos asuntos a un grupo de amigas de Anfípolis, pero le costaba darle forma al texto, sentía que la ira no le dejaba expresarse correctamente y prefirió postergar la tarea. Se tumbó un rato para calmarse y acabó adormeciéndose.

Tras un rato, Orestes entró súbitamente en la habitación y la sobresaltó:

—Hemos tomado una decisión —dijo.

—¿Hemos? ¿Cómo qué *hemos*? ¿Y yo? —preguntó irritada.

—Es urgente, nos acaba de llegar información de que los romanos siguen la pista a Dioscórides. Tiene que irse, y nosotros tenemos que poner los pergaminos a buen recaudo.

Helena se estremeció.

—Tenemos que llevar los pergaminos a una casa en el campo, lejos de las miradas de los romanos. Hay que trasladar el taller allí.

Nosotros nos seguiremos quedando aquí, al frente del negocio —dijo Orestes.

—¿Y seguir fingiendo delante de todo el mundo, incluso delante de nuestros hijos? ¿Y seguir disfrazándome de señorona mientras mis hermanos y hermanas son perseguidos y pasan penurias? ¡Ni hablar, yo no lo soporto más! —gritó Helena, mientras Orestes le pedía angustiado que bajara el tono de voz.

Al día siguiente Dioscórides salió para Bizancio y, por el otro extremo de la ciudad, la comunidad sacó los pergaminos y los llevó a una casa en el campo simulando una falsa entrega.

Lugdunum. Invierno

Filomeno, el resucitado de la comunidad de Lugdunum, se dirigió a Ireneo en la asamblea:

—¿No les vale mi testimonio?

Ireneo le respondió mencionando el Evangelio:

—Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto.

Entonces tomó la palabra Alcibiades:

—Todavía me cuesta creer lo que te ocurrió, Filomeno, aunque me lo creo. Pero es que todavía me cuesta más creer lo que acaba de comentar Ireneo. Los montanistas siguen creciendo en número cada día en Lugdunum, pero su desarrollo en Asia es

todavía más impresionante. Quieren reavivar el profetismo porque dicen que apenas hay profetas..., y sin embargo no atienden a lo ocurrido con Filomeno.

Ireneo tomó la palabra:

—Solo es una más de las herejías, pero una con mucha influencia. Me he pasado años tratando de guiarles por el buen camino y siento que ha habido pocos logros. Entre ellos, los romanos y las diferencias que hay entre la propia Iglesia, estamos rodeados de peligros.

Entonces tomó la palabra Lucrecia, que recitó un salmo:

—«El Señor es mi pastor; nada me falta. En verdes praderas me hace descansar, a las aguas tranquilas me conduce, me da nuevas fuerzas y me lleva por caminos rectos, haciendo honor a su nombre. Aunque pase por el más oscuro de los valles, no temeré peligro alguno, porque tú, Señor, estás conmigo; tu vara y tu bastón me inspiran confianza».

—«El más oscuro de los valles...» —repitió Filomeno—, ¡qué duro es el corazón humano, siglos y siglos desde Abraham a Jesús y no escuchan!

—El apóstol Juan fue el garante el pasado siglo de la veracidad de los Evangelios —intervino Ireneo—. Después Policarpo y otros.

Ahora ya quedamos muy pocos de la siguiente generación: Polícrates de Éfeso, yo y alguno más. ¿Qué va a pasar?

La asamblea enmudeció porque nadie se atrevía a tomar el testigo. Salvo uno.

—Yo me ofrezco —dijo Filomeno—. Instrúyeme, Ireneo.

Ireneo suspiró.

—¿Podemos pedir que vengan profetas? —preguntó Alcibíades.

—¿Acaso lo dudas? —inquirió Lucrecia—. Y profetisas.

Anfípolis. Primavera

—¿Crees que funcionará? —preguntó Helena a Orestes.

—Los pergaminos de la biblioteca de Pérgamo fueron saqueados, los papiros de la biblioteca de Alejandría quemados, los papiros de Herculano también se quemaron... ¡Esto tiene que funcionar, tiene que funcionar! —dijo, mirando el dibujo que le habían dado—. Es una gran cueva con pasillos a modo de compartimentos estancos. El fuego no quemará los pergaminos por accidente o por abandono, y estarán embadurnados con una capa que los protegerá de la humedad. Se supone que nunca abandonaremos este taller, pero si lo hiciéramos llegaría al futuro,

como un tesoro escondido en el suelo. ¡Gran idea esta de las catacumbas!

—Te dejo, voy a hacer de correo, parto hacia Anfípolis —dijo Helena.

—Sé prudente, mi amor —contestó Orestes mirándola con ternura.

Tras varias jornadas de viaje, Helena ya se estaba aproximando al puente sobre el río Estrimón que daba acceso a Anfípolis cuando de repente oyó un griterío.

Se inquietó sobremanera. Llevaba no solo pergaminos para varias comunidades, sino también cartas para sus amigas de la ciudad.

Había una disputa entre varios mercaderes en la calzada, y las dos patrullas romanas se acercaron al lugar rápidamente. Una se quedó en el sitio, pero la otra empezó a curiosear entre el resto de los transeúntes.

Al llegar a la altura de la comitiva de Helena, los romanos se detuvieron sin ninguna intención. Ella empezó a sudar y le vinieron a la cabeza recuerdos de los mártires.

Pasados unos angustiosos minutos, se reinició el tráfico por la calzada y entraron en la ciudad. Se detuvo con un par de acompañantes en un punto convenido y la comitiva siguió.

Los tres entraron en una suntuosa casa y allí se encontraron con Héctor y su mujer Irene, comerciantes de telas, miembros de la comunidad de Anfípolis.

—¡Qué hermosa primavera! —dijo sonriente Irene, al tiempo que la tomaba del brazo. Los dos compañeros se quedaron con Héctor departiendo mientras las dos mujeres se alejaban camino del jardín.

—¿Cuánto te queda para ser bautizada? —preguntó Irene.

—Pocos meses, muy pocos —contestó resplandeciente Helena.

—¿Sigues escribiendo tanto? —inquirió de nuevo Irene.

Helena apretó el camafeo con fuerza:

—Sí, y algún día escribiré a la comunidad, no solo a vosotras. No me mires así, Irene, sé que hago bien.

—María cayó en la tentación de querer darle órdenes a Jesús en Caná, y Jesús la llamó al orden —dijo Irene—, y no se la oyó hablar más.

—Era Jesús, no un hombre. Y María era valiente porque habló, tenía carácter; otra cosa es que lo hiciera de la forma inadecuada, pero era valiente. Recuerda, las primeras que supieron que Jesús había resucitado fueron un grupo de mujeres, no de hombres, y hablaron, no se callaron, se lo dijeron a los hombres y estos apenas las creyeron.

—¿Crees que las griegas somos tan valientes como las judeo-cristianas? —preguntó temblorosa Irene.

—María estaba en el Gólgota, dando la cara, y podían haberla apedreado. Nosotras también somos valientes —dijo, calmándola.

—Muchas de nosotras te estamos mirando, Helena. No has llegado siquiera a los tres años de catecumenado y haces lo que algunas todavía no nos hemos atrevido a hacer —confesó Irene.

—Lo he pasado mal hace un rato en la entrada de la ciudad, creía que nos iban a detener los legionarios —dijo Helena suspirando—. Irene, todos arriesgamos nuestras vidas. En cualquier momento puede volver a haber persecuciones, no pierdas el coraje. Dentro de poco Orestes y yo nos desharemos de lo que nos queda de fortuna y viviremos como los demás miembros de la comunidad, dejaremos de ser un escaparate.

—A nosotros nos queda ya poco también —dijo Irene mientras la abrazaba—. Vamos al jardín, ya verás qué bonito está. Oye, quiero hablarte de un tal Diogneto de Bizancio.

Lugdunum. Primavera

Ireneo se puso a repasar su antigua obra, *Contra las herejías*, escrita quince años atrás.

Como discípulo de Policarpo, se había sentido conminado a participar en aquellas controversias doctrinales. ¡Cuántos pseudoevangelios habían sido desechados gracias a su labor! ¡De cuánto mal había librado a otras ovejas evitando que se descarriaran! Respiró hondo y decidió dar un paseo por la isla.

Estaba contemplando las labores de unos estibadores cuando unas risas lo sacaron de su ensimismamiento.

—*Salve*, Ireneo, obispo de los traidores —le dijo Apolo, un antiguo hermano griego que estaba junto a otros montanistas—, ¿eres tú el guardián de las tradiciones?

Ireneo se quedó perplejo antes de acertar a contestar:

—¿Traidor me llamas?

—Sabes de primera mano cuándo los apóstoles celebraban la fiesta de la Pascua, y aquí enseñas desde hace décadas otra cosa. ¿Sirves a los romanos?, o, en realidad, ¿a quién sirves tú? —le inquirió Apolo—. Montano tenía razón.

Era la primera vez que Ireneo sentía como una cuchillada en el corazón. Se quedó temblando. Sabía cuáles eran las tradiciones de los apóstoles respecto a la celebración de la Pascua, ¡habían vivido la última cena con Jesús! Lo sabía todo el mundo, pero era cierto que él enseñaba otra cosa en Lugdunum.

Ahora veía espantado que él era motivo de escisión en la Iglesia, por su infidelidad, él, que tanto se había desvelado porque permaneciera vigorosa y unida.

Trató de balbucear algo, pero no pudo, y sonrojado huyó del lugar. Al llegar a su casa rompió a llorar amargamente.

De repente echó en falta la ayuda de otros obispos.

—¡Polícrates de Éfeso! —se dijo entre sollozos—, él no tropezó.

Entonces se sintió solo y desamparado en aquellas lejanas Galias, un griego aislado del resto y expuesto a todos los sinsabores de quien está de avanzadilla, viviendo la soledad del explorador.

—Demasiada carga para un solo hombre —murmuró.

Recordó que con la compañía de Potino se sentía fuerte, y le vino a la mente el pasaje del Evangelio donde Jesús envía a los discípulos de dos en dos.

—¡Filomeno! —acertó a decir. —Su semblante empezó a cambiar, y se fue a buscarlo; necesitaba hablar, necesitaba confesarse.

Tesalónica. Verano

—¿Sabrán Polícrates de Éfeso e Ireneo de Lugdunum dónde enterró el apóstol Juan a María? —preguntó Helena a Orestes.

—Quizás. La juventud hace preguntas osadas, posiblemente sepan la localidad o la zona, aunque no creo que conozcan el lugar exacto del enterramiento.

—¿Qué tiene de misterioso? ¿No van los hermanos y hermanas a ver discretamente la tumba del apóstol Felipe en Hierápolis? —preguntó de nuevo Helena.

—Me haces preguntas difíciles que no sé contestar —respondió Orestes—. Harías bien en preguntar a quienes han terminado el catecumenado.

—¿Quién es para ti María? —insistió Helena.

—La más bella de todas, pero no la más bella para mí —respondió mirándola intensamente.

Helena se ruborizó y, tras unos instantes, dijo:

—Bueno, Juan el Bautista es el más bello de todos, pero no el más bello para mí.

Los dos se miraron y echaron a reír.

Al cabo de un rato Helena siguió preguntando:

—Por cierto, ¿no fue Felipe el que fue arrebatado tras hablar con el eunuco etíope, y apareció de repente en Azoto? Eso me recuerda al arrebatamiento del profeta Elías. Elías no murió, fue arrebatado al cielo —afirmó tras unos instantes.

—¡Pero si Jesús es el primogénito de entre los muertos! —clamó Orestes—. Es verdad que hay episodios del Evangelio difíciles de creer. Sabes que los hemos dejado para el final porque no queremos decir «no» a Dios, sino «no entiendo», esperando que nos ilumine. ¡Pero no tenemos que salir de dudas hoy!

—Como lo de ordenar a un árbol que se plante sobre el mar..., mmm... Jesús anduvo sobre las aguas y Pedro también caminó un poco... —dijo Helena pensando en voz alta.

Se puso a hacer cosas mientras apretaba el camafeo de Aspasia que tenía oculto, y de repente dijo:

—Orestes, ¿te he hablado de un tal Diogneto de Bizancio?

—No, ¿quién es, uno de nuestros clientes?

—Un hombre acomodado que quiere saber más sobre los cristianos. Mantiene relación con Héctor e Irene de Anfípolis. Llevan tiempo tratándole y dicen que es buena persona. Irene me ha pedido que le escriba una de mis cartas y he pensado que...

Orestes tembló:

—¿Sabes que podrían descubrir por ese hombre a muchos hermanos de las comunidades?

—Héctor e Irene saben lo que se hacen, y, ¿acaso no vino Pablo de Tarso a evangelizarnos? ¡No solo es ayudarnos entre nosotros, sino también anunciar la buena nueva a los demás!

Orestes calló.

—He pensado que... —siguió Helena— tú podrías escribir de tu puño y letra la carta que yo te proponga.

—No estamos preparados —reaccionó Orestes.

—¿Acaso lo estaban los primeros hermanos tesalonicenses? No habían cumplido su catecumenado y mira todo lo que hicie-

ron. Irene dice que expreso bellas enseñanzas, y ya se ocupan Héctor y ella de fortalecer su fe.

Irene confía en mí. Me ha pedido que escriba a Diogneto.

—¿Una mujer? —preguntó sorprendido Orestes.

—Somos cientos de miles de cristianos. Cuenta con los dedos de tus manos el número de mujeres teólogas célebres que conoces. Si llegas a diez, aplaude. Si no son ni cinco, cierra la mano y da un puñetazo sobre la mesa —contestó Helena.

—Tomo nota —contestó cortado Orestes.

Helena trajo un pergamino y empezó a leer:

Los cristianos en el mundo.

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte; siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran

hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Tras terminar de redactar, Orestes lloró.

Tesalónica. Final del verano

Helena estaba asomada a la ventana; sentía el aire fresco del mar sobre su cara y pensaba en silencio.

Hacía pocas semanas que habían terminado su catecumenado, y ella todavía sentía su rostro como quemado, como si hubiera atravesado un desierto antes de llegar a tierra fértil. Su experiencia de fe la había marcado, y sabía que tenía que hacer cambios con sus hijos, con su vida social, con su trabajo...

La brisa del mar le confortaba. De repente oyó ruido y vio a un hombre acercarse a la casa desde el puerto. No era un conocido. Bajó de prisa a ver quién era, pero Orestes se adelantó.

Tras hacer el dibujo en el suelo con el pie, el correo dijo:

—De Ireneo. Esperaré respuesta y embarcaré de nuevo a Lugdunum.

Orestes y Helena se quedaron con la boca abierta.

El correo les explicó que Héctor e Irene habían enviado copia de la carta a Polícrates e Ireneo por considerarla la apología cristiana más lograda, e Ireneo les había escrito una misiva.

Helena se desmayó.

Cuando se repuso, estaba a solas con Orestes en la habitación, y este leyó la carta:

Querido Orestes, tu fama te precede.

Desde el principio los tesalonicenses habéis sido perseguidos, habéis sido generosos con otras comunidades y también eficaces mensajeros.

Tu misiva es completa y bella, tanto que he sentido deseos de comunicarme directamente con vosotros para expresaros mis más profundos anhelos, esperando que me comprendáis y también seáis mensajeros.

Cuando fui a Roma a ver al papa Víctor para interceder por el asunto de la Pascua no me di cuenta de que los griegos íbamos a ser los segundos en caer en la trampa que hizo el papa Pío I, décadas atrás.

Este dispuso que los catecúmenos judeocristianos se bautizaran en Pascua, fuese cual fuese la fecha del inicio de su catecumenado, lo cual podía alargarlo hasta casi cuatro años, una discri-

minación en toda regla. Y además cambió la fecha de la celebración de la Pascua.

Antes fueron los judeocristianos, ahora somos nosotros, los griegos cristianos. Cuando Policarpo fue a Roma a ver al papa Aniceto no dijo nada acerca de los hermanos judeocristianos. No caímos en la cuenta, y ahora el asunto nos pasa factura a nosotros.

¡He visto con mis propios ojos a Policarpo, el cual vio a Juan, que era judío, el cual vio a Jesús, cuya mirada me persigue!...

¡Vosotros, los tesalonicenses, ayudasteis a la comunidad judeocristiana de Jerusalén en la colecta de Pablo al poco de ser evangelizados! ¡Sois un ejemplo para todos!

Por favor, hablad sobre esto, un pueblo detrás de otro va cayendo en esa trampa...

Helena dio un grito.

—¡Dios mío! —sollozó llevándose las manos a la cara.

Orestes se turbó:

—¿Qué ocurre?

—¡Se me había pasado por alto ese asunto de la comunidad de Roma en la carta a Diogneto! —dijo mientras seguía sollozando amargamente.

No tenía fuerzas para tenerse en pie y se sentó en el suelo; al hacerlo sintió la presión del camafeo sobre su cuerpo.

—Un momento —dijo súbitamente—, ¿cuándo dejaron las judeocristianas de ser relevantes en la comunidad? —preguntó a Orestes.

—Eeh, en *Hechos de los Apóstoles* se mencionan profetisas, en la carta de Pablo a Filipos se menciona a mujeres relevantes, aunque no sé si eran... —contestó.

Helena se quedó en silencio durante unos instantes.

—Las judeocristianas cayeron antes que los judeocristianos —dijo atónita.

—¿Cayeron? —preguntó extrañado Orestes.

—Y no había papa de por medio —continuó Helena—. Las mujeres estamos hechas a imagen y semejanza de Dios, no a imagen y semejanza del hombre —dijo irritada—. ¡Maldito yugo del diablo!

Orestes se llevó la mano a la frente.

Después de unos minutos en silencio, Helena se calmó.

Orestes le susurró:

—Tranquila, el diablo siempre llega tarde —dijo guiñándole un ojo.

Helena acarició el rostro de Orestes:

—Amor mío, empieza respondiendo a la carta de Ireneo de tu puño y letra para que no desconfíe. Después la continuaré yo.

Cuando Orestes hubo terminado, se levantó y la abrazó. Después le cedió el sitio. Helena completó el pergamino y lo firmó junto a Orestes.

—¿Escribimos una copia a Polícrates de Éfeso, otra a Héctor e Irene, y una más para la casa donde están los pergaminos? —preguntó Orestes.

Helena lo miró extasiada, y asintió.

Cuando terminaron, se reunieron con el correo de Lugdunum y se despidieron de él.

Desde la ventana de su casa vieron partir su nave. Orestes puso sus manos sobre los hombros de Helena, y después se alejó.

Entonces Helena sacó a escondidas el camafeo de Aspasia, y tras mirarlo fijamente durante unos segundos dijo:

—Te gané.